



CASA DE S.M. EL REY

SECRETARÍA GENERAL  
COMUNICACION

**EMBARGO: Hasta el inicio del discurso  
- Sólo es válido el discurso pronunciado -**

**Palabras de Su Alteza Real el Príncipe de Asturias en la entrega del Premio Cervantes 2011  
a Don Nicanor Parra**

Alcalá de Henares, 23 de abril de 2012

Cuando, decidido a hacer el *Viaje del Parnaso*, Miguel de Cervantes llega a la vista de Mercurio, tiene que soportar un primer reproche: “Oh Adán de los poetas, oh Cervantes, / ¿qué alforjas y qué traje es este, amigo?”. A lo que él responde: “Señor, voy al Parnaso y, como pobre, / Con este aliño mi jornada sigo”. Del reproche pasa el mensajero de los dioses al reconocimiento y el elogio: “Pasa, raro inventor, pasa adelante / con tu sutil designio y presta ayuda / a Apolo, que la tuya es importante”.

De seguro que Cervantes, al ver hoy llegar a Nicanor Parra al parnasillo de poetas galardonados con su Premio, reconocerá en él un espíritu afín, un poeta desnudo de adornos, con atuendo de vecino de Chillán, y, sabiéndolo espíritu gemelo, se apresurará a decirle: “Pasa, raro inventor, pasa adelante / con tu sutil designio”. Digo “gemelo” pensando en que el mayor logro literario cervantino fue liberar la escritura de las normas que la atenazaban y dejar fluir las palabras —palabras del común— para que buscaran nuevos espacios de significación.

Cuando en el *Quijote*, tras los primeros descabros del caballero, el ama ve al pobre hidalgo decidido a emprender nuevas aventuras, exclama alarmada: “se sale; sálese sin duda por la puerta de la locura”. En efecto, Alonso Quijano estaba rompiendo las casillas de la realidad particular cotidiana, para inaugurar la tesis fundamental de la modernidad: “yo es el otro”. Se salía él y con él se salía la realidad. Pero no se alejaba del espacio de la humanidad. Blas de Otero lo resumió muy bien: “Cervantes escribe como los ángeles y responde como los hombres”.

Hace poco más de un siglo, entre los últimos suspiros del modernismo literario, pronunció Ramón Gómez de la Serna “Siete palabras” que anunciaban la revolución del vanguardismo. Eran estas: “¡Oh, si llegara la imposibilidad de destruir!” La literatura realista burguesa nos ofrecía una realidad convencionalmente ordenada y, reproduciéndola, el poeta se consideraba un dios creador. A partir de Gómez de la Serna se multiplicaron los movimientos de vanguardia rupturista, deslumbrados todos ellos por el señuelo de “lo nuevo”.

Cuando en 1969 le concedieron en Chile a Nicanor Parra el “Premio Nacional de Literatura” lo aceptó “porque —dijo irónico— mi modestia no tiene límites y sería petulante rechazarlo”. Parra, que venía de la calle, del barro, con las canciones del pueblo en la boca —“los chilenos hablan en octosílabos, decía, y la clase media en endecasílabos”—, él, digo, pasó por grandes poetas como Huidobro, García Lorca y Neruda, contraleyéndolos, y fue a emparentar con François Villon, con el Arcipreste de Hita, con Rabelais, quienes, conscientes de que el mundo es un carnaval, inventaron el carnaval de las palabras al que Parra se unió alborozado.

De camino, se encontró con César Vallejo quien, mientras otros hablaban de poesía pura, contemplando con mirada compasiva la triste realidad de la vida, exclamó: “absurdo, sólo tú eres puro”. Y por esta vía, y animado con esa conciencia, llegó a convertirse en el “raro inventor” que forjó el designio de la “antipoesía”: “un poema tradicional en que se injerta la savia del surrealismo”.

Quien dirige la danza carnavalesca es un físico, Nicanor Parra, que concibe la realidad como fragmentación y que, cambiando de continuo de máscara —él es un sujeto poético también fragmentado—, emprende una crítica del lenguaje. A Federico García Lorca le preguntaron un día qué era poesía, y él respondió: “Poesía, poesía... es juntar dos palabras que nunca se pensó que pudieran relacionarse.” Parra dice: “La palabra arcoiris no aparece en ninguna parte, / menos aún la palabra dolor; / la palabra torcuato, / sillas y mesas sí que figuran a granel, / ¡Ataúdes!, ¡útiles de escritorio! / Lo que me llena de orgullo, / porque, a mi modo de ver, el cielo se está cayendo a pedazos”.

Las palabras vulgares se extrañan, se “salen” quijotesicamente y, desde perspectivas irónicas, van cuestionando los valores establecidos en las tablas de la ley consuetudinaria. Las palabras vuelan libres, aunque controladas por el hilo sutil del trabajo poético. De un trabajo arduo. Porque la provocación no es por sí sola un valor. Nicanor Parra es mucho más que un provocador. Es ciertamente un rupturista; llega a afirmar que “en poesía se permite todo”. Pero no trata sólo de desconcertar; quiere comprender la realidad y urgir a los demás a que, salvando el abismo que existe entre arte y vida, acompañen su arriesgada cruzada: “y yo entierro mis plumas en las cabezas de los señores lectores”.

Él no engaña a nadie, antes bien advierte del peligro que corren sus compañeros de aventura: “Mi poesía —dice— puede perfectamente no conducir a ninguna parte”. Pero en el trayecto va desenmascarando credos de todo orden empezando por lo literario, sin consentir que se le encasille, sobre todo en lo político. “Hasta cuando siguen fregando la cachimba / Yo no soy derechista ni izquierdista. Yo simplemente rompo con todo”. Dos poemas, el “Soliloquio del individuo” y “Las Tablas”, resumen el esfuerzo hercúleo de rehacer la propia historia del hombre y de romper el complejo sistema de leyes y normas que lo someten. En el primero termina por comprender que el intento de grabar al mundo al revés de nada vale: “la vida no tiene sentido”. En “Las Tablas” se da cuenta de que las rocas en que estaban escritas las leyes han desaparecido. Repite entonces las mismas palabras que Cervantes puso en boca de Alonso Quijano/don Quijote: “ya no puedo más”; “Yo —dice Parra— ya no podía más”.

Pudo más. Estallaron los antipoemas en los “Artefactos”. ¿Qué era el baciyelmo cervantino más que un “artefacto” de Parra? Comprendió Nicanor Parra que es la antipoesía la que crea el poeta y no al revés, y exploró nuevas formas, nuevos espacios para las palabras siempre libres. “Todo lo que se mueve es poesía. / Lo que no cambia es el lugar de la prosa. / Todo lo que nos une es poesía /.../ Sólo la prosa puede separarnos”.

En el Prefacio a la edición de las *Obras Completas (y más)* de Nicanor Parra, Harold Bloom lo asocia con Walt Whitman, según él, el poeta más poderoso que hasta ahora ha dado el Nuevo Mundo: “Parra —añade— se le une como un poeta esencial de las tierras del Crepúsculo”. Esencial, sí, de Chile, de Hispanoamérica, porque su dicción, importa decirlo, es claramente americana. Pero es, a la vez, su voz enriquecedoramente universal. Porque, según explica el propio Harold Bloom, “nos devuelve una individualidad preocupada por sí misma y por los demás, en lugar de un individualismo tan indiferente a los demás como a sí mismo”.

Hoy llega Nicanor Parra al encuentro con Cervantes once años después de ser galardonado con el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. De seguro que con el brío que le dan casi cien años bien vividos, le bailará una cueca: aquella, por ejemplo, que grabó su hermana Violeta: “Cuando salí de Chillán, / salí sin ningún motivo, / salí a recorrer el mundo / porque ese era mi destino. / Fue mi destino ay, sí, fue mi destino”. Cervantes sonreirá y dirá: sí, raro inventor, colega, aquí te esperábamos. Bienvenido.

Mañana la familia de Nicanor Parra depositará en la Caja de las Letras del Instituto Cervantes su máquina de escribir, que él llama “la máquina del tiempo”, con un poema inédito y la orden de no abrirlo hasta dentro de cincuenta años. Como las palabras de Parra están en perpetuo movimiento, no sabemos lo que entonces aparecerá. Pero no hay duda: serán palabras que nos unen en la lengua de Cervantes y ensanchan nuestra vida.

Por todo ello, gracias, Nicanor Parra.